

Seminario: Perdón

Perdón:

Una senda hacia la resiliencia

Escrito por Debbie Maloba

Directora de Ministerio de la Mujer y Ministerio Infantil de la
División Africana Central del Este

Lectura bíblica: Efesios 4:32

“Más bien, sean bondadosos y compasivos unos con otros, y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo”.

Introducción

Nuestro objetivo de hoy es aprender algunas técnicas que se necesitan para manejar el desafío del perdón y tener un corazón perdonador. La mayoría de nosotros estamos luchando con el asunto de olvidar y perdonar. No sabemos cómo perdonar en forma tan llena de misericordia, sin reservas, tan profunda y tan repetidamente como Cristo nuestro Salvador nos perdona a nosotros. Pero esta lección que debemos aprender es un asunto de vida o muerte. Necesitamos captar la importancia eterna de lo que un corazón amante y perdonador hace en favor de ti, la persona ofendida y lo que tu amante y perdonador corazón puede hacer por el ofensor. La narración de historias es un método eficaz de comprender mejor las verdades espirituales. La historia de alguien más se convierte en el modelo de tu propia historia.

Esaú se estaba preparando para ir a luchar contra su hermano Jacob. Estaba lleno de ira y quería vengarse. Pero esa noche, en un sueño, a Esaú se le dio un corazón amante y perdonador hacia Jacob. Mientras tanto, Jacob pasó la noche entera intentando sujetar y luchando literalmente contra Dios antes de que fuera capaz de aceptar el perdón de Dios y su bendición que le iba a permitir recibir el inesperado perdón de su hermano Esaú.

HISTORIA ILUSTRATIVA DE UN CORAZÓN AMANTE Y PERDONADOR

Si esa vieja historia con visión de 350 grados, obradora de milagros y la lucha de toda la noche contra un ser espiritual te parece difícil de aplicar en tu propia vida, tal vez la siguiente moderna narración ocurrida en nuestros días te puede ayudar a captar la importancia, en tu propia historia, de tener un corazón amante y perdonador.

Un grupo de adolescentes se encontraba paseando divertidamente de noche, cuando vieron venir un automóvil que se les aproximaba. Uno de los adolescentes, un estudiante de primer año de universidad, de 18 años, arrojó impulsivamente una piedra hacia la línea del tráfico que venía en dirección contraria justamente cuando el automóvil pasaba a su lado. La piedra fue a golpear sobre la cabeza de la conductora del auto y le rompió cada hueso de su cara. El impacto fue de tal manera tan severo, que la mujer estuvo a punto de morir en la escena.

Después de mucho sufrimiento a través de varias cirugías y meses de recuperación, experimentando indescriptibles niveles de dolor y enfrentando el hecho de que sus cicatrices faciales se iban a quedar con ella por el resto de su vida, decidió asistir a la última sesión del juicio en el que el adolescente que arrojó la piedra iba a escuchar, de parte del juez, su sentencia por el crimen cometido.

El juez le concedió a la mujer víctima del crimen el permiso para hablar ante la sala del tribunal repleta de personas. Con voz firme y serena dijo: Joven, en mi vida no hay espacio para la venganza. Le he pedido al juez que sea indulgente con usted. Y si mi generosidad le ayuda a usted a madurar hasta llegar a ser un hombre responsable, compasivo y honesto; un hombre cuya amabilidad y bondad pueda ser una fuente de orgullo para sus seres amados, entonces me sentiré verdaderamente gratificada y mi sufrimiento no habrá sido en vano”. Ella dijo en efecto: “Padre, perdónalo porque este joven no sabía esa noche realmente lo que estaba haciendo”.

Después de escuchar esas palabras de perdón, este duro joven se quebrantó en la sala del tribunal y sollozó lleno de remordimiento. Se acercó hacia la víctima del acto criminal, la abrazó y le dijo entre sollozos lo triste que se sentía por su acto de estupidez. El juez se conmovió tanto por todo lo anterior, que sentenció al joven a seis meses de prisión en vez de a la pena máxima por veinticinco años de cárcel.

Esta historia ilustra el perdón radical:

- Es un acto poderoso.
- Golpea nuestro corazón y nos deja “con la boca abierta”
- Nos hace que nos hagamos la pregunta: “¿Cómo puedes encontrar perdón en tu corazón por un acto tan cruel e inhumano? El corazón natural busca ciertamente la venganza”.

¿Cómo puedes encontrar en tu corazón el deseo de perdonar?

Cuando entendemos el principio del perdón como esta mujer ciertamente lo hizo, ya le hemos para entonces dado respuesta a la pregunta: “¿Cómo puedo hallar en mi corazón la capacidad de perdonar? Es solamente a través del poder divino. Hemos visto en qué forma se

mueve el Espíritu Santo en el corazón para cambiar a la persona. El perdonar es un proceso que no podemos ignorar si deseamos convertirnos en la clase de personas que Dios deseó que fuéramos cuando nos creó. Muchos de nosotros hemos pasado años en esclavitud porque hemos sido incapaces o no hemos estado dispuestos a perdonar a alguien. Cuando finalmente lo comprendemos y actuamos en relación con el perdón, experimentaremos una increíble libertad. Vamos a examinar algunas de las enseñanzas de Jesús mismo para poder encontrar el marco adecuado del perdón. Vamos a leer las palabras registradas en Mateo 18:15-17, las cuales describen el escenario de una persona ofendida que posee un corazón perdonador y que confronta al ofensor. Aprenderemos con ello cuáles son las instrucciones de Jesús acerca del perdón.

“Si tu hermano peca contra ti, ve a solas con él y hazle ver su falta. Si te hace caso, has ganado a tu hermano. Pero, si no, lleva contigo a uno o dos más, para que ‘todo asunto se resuelva mediante el testimonio de dos o tres testigos’. Si se niega a hacerles caso a ellos, díselo a la iglesia; y, si incluso a la iglesia no le hace caso, trátalo como si fuera un incrédulo o un renegado” (Mateo 18:15-17, NVI).

Las instrucciones para la reconciliación y el perdón son muy claras:

- La persona ofendida debe iniciar una reunión con el ofensor.
- El objetivo del encuentro es para tratar de lograr la reconciliación y la sanidad.
- La persona ofendida debe tratar el asunto con una medida de discreción, teniendo cuidado de no hacer pública la ofensa o la reunión.
- Si es necesario, este paso se puede repetir con uno o dos testigos adicionales en la reunión.

Si seguimos estas sencillas instrucciones de Jesús de acudir a un encuentro con un espíritu de reconciliación, en forma rápida y solos, el problema se resuelve muy frecuentemente.

Usualmente da como resultado el fortalecimiento de la relación y puede transformar a un enemigo en un mejor cristiano y hasta en un amigo cercano.

CINCO PASOS HACIA EL PERDÓN

Algunas veces la herida es tan profunda que necesitamos, porque no lo tenemos, el deseo de perdonar. Los siguientes cinco pasos nos guiarán en el proceso de desarrollar un corazón amante y perdonador.

Paso 1: Reconocer que nosotros mismos hemos sido totalmente perdonados por Dios.

Una vez que hemos comprendido la profundidad de nuestro pecado y la distancia que crea entre nosotros y Dios; y una vez que hemos tenido una vislumbre del sacrificio que él hizo para restaurar el compañerismo con nosotros, no podremos ser capaces de contener el gozo que nos da su perdón. Si comprendemos el perdón de Dios hacia nosotros, pero nos negamos a perdonar a quienes nos han hecho mal, entonces somos como el malvado e ingrato siervo que Jesús describió en Mateo 18:23-34. Aunque su enorme deuda le había sido perdonada, el siervo inmediatamente demandó que se le pagara una cantidad ínfima que alguien más le debía. El darnos cuenta de que Dios nos perdonó totalmente una deuda que nunca hubiéramos podido pagar, nos ayuda a aprender la importancia de perdonar a otros.

Paso 2: Liberar al ofensor de la deuda que pensamos que nos debe a nosotros. Esto involucra el reunir mentalmente la totalidad de nuestros sentimientos hostiles y entregarlos a Cristo. Podemos lograr lo anterior al reunirnos cara a cara con la persona que nos ha hecho mal, o cuando sea necesario, y usar un enfoque alterno. En casos en que la persona vive muy lejos, ha muerto, o la persona se hace totalmente inaccesible, tal vez sea necesario usar el método de “silla de sustitución”. Debes sentarte enfrente de una silla vacía, imaginando a la otra persona sentada frente a ti. Confíésale entonces tu resentimiento. Puedes también usar esta técnica cuando quieras practicar la confesión de una actitud errónea antes de intentar hacerlo en persona.

Paso 3: Aceptar a las personas como son y liberarlas de cualquier responsabilidad de satisfacer tus necesidades. Todos conocemos a alguien que le echa la culpa a los demás de sus sentimientos de aceptación o rechazo. Tal vez hasta tú seas una persona que actúa de esa manera. Ciertas personas pueden hacer tu día o echarlo a perder, dependiendo de la cantidad de atención que te dediquen. Este es un rasgo común en aquellas personas que no son capaces o no están dispuestas a perdonar. Sin embargo, cuando decidimos perdonar como un acto de nuestra voluntad, absolvemos a la otra persona de cualquier responsabilidad de satisfacer nuestras necesidades.

Paso 4: Ver a aquellas personas a quienes hemos perdonado, como instrumentos de aprendizaje. El Señor usa situaciones y personas para ayudarnos a aumentar nuestra comprensión de su gracia. José ciertamente captó bien este principio. José vio a sus hermanos como instrumentos que Dios utilizó para colocarlo en una posición desde la cual podía ayudar a su familia durante la larga hambruna. Sus hermanos temían que él tal vez se quisiera vengar de ellos, pero José les respondió: “Es verdad que ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios

transformó ese mal en bien para lograr lo que hoy estamos viendo: salvar la vida de mucha gente” (Génesis 50:20, NVI). Independientemente de la naturaleza de nuestro dolor o situación, no podemos darnos el lujo de aferrarnos a un espíritu no perdonador. Tenemos que involucrarnos en el proceso de liberar a los demás de la deuda que sentimos que nos deben.

Paso 5: Hacer reconciliación. Siendo que “Dios... por medio de Cristo nos reconcilió consigo mismo y nos dio el ministerio de la reconciliación” (2 Corintios 5:18, NVI), somos llamados a hacer nuestra parte en restaurar el compañerismo con aquellas personas que de alguna manera nos han lastimado. Podemos intentar restablecer contacto con amigos, antiguos compañeros de trabajo o miembros de la familia con quienes estamos distanciados. Un buen punto desde el cual empezar es pedirles que nos den la oportunidad de ofrecer nuestras disculpas o de decirle al ofensor que lo liberamos de la carga de satisfacer nuestras necesidades y expectativas. Una vez que se lleva a cabo el perdón, la reconciliación será mucho más fácil.

CUATRO PREGUNTAS ACERCA DEL PERDÓN

Algunas veces nuestra lucha por perdonar a otros procede de interrogantes que tenemos acerca del perdón.

Pregunta 1: ¿Significa el perdón que debemos considerar el pecado o la ofensa como si no tuviera importancia o consecuencias, o como si no fuera realmente tan malo o que pudiera ser simplemente ignorado? ¡Absolutamente no!

El perdón no significa aprobación de las palabras pronunciadas o las acciones llevadas a cabo por el ofensor, sino más bien, significa abandonar nuestro deseo de buscar retribución y venganza. Significa rendir ante Dios lo que percibimos como derecho, de juzgar al ofensor. Es recordar lo mucho que Dios nos ha perdonado a nosotros. Es reconocer que el perdón de Dios hacia nosotros no significa que Dios apruebe lo que hemos hecho, porque nuestro pecado le causa a Dios un gran dolor y sufrimiento; sino más bien entender que Dios elige abandonar su propio derecho a buscar venganza, porque anhela grandemente que nos reconciliemos con él.

Pregunta 2: ¿Significa el perdón que no habrá consecuencias o castigo por los malos actos? ¡Absolutamente no!

El quebrantar la ley de Dios trae por consiguiente sus propias consecuencias. Cuando Adán y Eva comieron del fruto del árbol prohibido, no se ve a un enojado Creador que viene al huerto alzando la voz con propósitos de venganza y buscando su destrucción. Más bien, el Señor se les acerca suavemente y pregunta: “¿En dónde estás?”

El señor Dios había dicho: “Pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer. El día que de él comas, ciertamente morirás” (Génesis 2:17, NVI); sin embargo, con un corazón amante y perdonador, no los destruyó por medio de la muerte ese día, aunque fue por cierto el día en que comenzaron a morir. En su misericordia, Dios los preservó de una muerte inmediata cuando les dio la promesa de un Salvador y entonces les proveyó también un nuevo hogar.

Aun cuando el amoroso corazón del Señor brinde su perdón, no por ello Dios excusa la desobediencia. La rebelión de Adán y Eva hubo de cosechar las consecuencias. Al haber quebrantado la ley de Dios, al haber comido del árbol del conocimiento del bien y el mal, la consecuencia natural fue perder su inocencia al obtener un conocimiento del mal, de la tristeza y del rudo esfuerzo. Al haber causado la dolorosa separación entre el Creador y su creación, la consecuencia fue experimentar un dolor similar a través de la separación entre ellos y sus dos hijos en un solo día, a causa de la muerte de uno de ellos y el alejamiento del otro. Y al desobedecer, la consecuencia fue perder la vida inmortal con su perfecta naturaleza y heredar ahora una vida mortal llena de pecado y muerte. La mayor consecuencia de todo fue que el pecado no solamente los afectó a ellos, sino que afectó a todos sus descendientes e incluso hasta el planeta mismo.

Perdonar no significa que excusemos las malas acciones y comportamientos de las personas. No es que los dejemos libres para que eviten las consecuencias, lo que dejamos ir es la ira y el resentimiento en nuestro propio corazón. Esto no es algo que pueda ocurrir fácil ni rápidamente en un mundo que naturalmente es un mundo de venganza y destrucción. Pero nuestra mente y corazón pueden cambiar a través del perdón que nos ofrece nuestro Redentor.

Pregunta 3: ¿Se supone que perdonemos a las personas aun cuando no nos solicitan ese perdón? ¡Absolutamente!

Mientras colgaba de la cruz, Jesús miró a sus verdugos que estaban abusando de él y dijo: “—Padre —dijo Jesús—, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34, NVI). Jesús perdonó a los soldados romanos que lo clavaron en la cruz. Jesús perdonó también a los discípulos que le fallaron. Jesús perdonó a los dirigentes religiosos cuyo injusto veredicto lo sentenció a una muerte que ciertamente no merecía. Jesús perdonó a todas aquellas personas reunidas ahí antes de que ellos lo solicitaran.

La verdad acerca de perdonar a otros, ya sea que pidan el perdón o no lo soliciten, es que, si nosotros no perdonamos, continuaremos envenenando nuestro corazón y nuestra vida con resentimiento y amargura siempre crecientes. Otra poderosa razón por la que debemos perdonar a los demás antes de que siquiera nos lo pidan, es que en algunas ocasiones nuestro acto de

perdón trae a la persona culpable a la condición de arrepentimiento. Ustedes escucharon lo que ocurrió en la historia del joven cuyo acto criminal casi mató a una mujer que estaba conduciendo su automóvil y que, sin embargo, ella le ofreció el perdón.

Desde la misma cruz, Jesús intercedió por todos sus acusadores, abusadores, desertores; y un centurión romano que estaba parado cerca pudo escuchar su abnegada plegaria. Asombrado por la actividad sobrenatural que rodeó el evento de la crucifixión y por el sobrenatural espíritu de ternura y perdón manifestado por Jesús de Nazareth, el centurión exclamó “—¡Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios!” (Marcos 15:39, NVI). El soldado romano fue testigo del perdón que brotaba del corazón de Jesús y eso transformó su propio corazón, trayéndolo a un sitio de fe y confianza.

Pregunta 5: ¿Cómo podemos amar a nuestros enemigos? ¡Como Jesús lo hizo!

Debemos tratar a la persona que nos ha ofendido o lastimado con misericordia y amor. Jesús nos enseñó este principio en el Sermón del Monte: “Pero yo les digo: Amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen” (Mateo 5:44, NVI). Y el apóstol Pablo nos aconseja: “No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien” (Romanos 12:21, NVI).

Cuando debemos enfrentar situaciones aparentemente imposibles, Jesús nos dice: “—Para los hombres es imposible. . . mas para Dios todo es posible” (Mateo 19:26, NVI). El apóstol Pablo escribe: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13, NVI).

El perdón es posible, pero solamente a través del poder de Dios. El perdón es posible, pero solamente porque Dios nos da la habilidad y la fortaleza para liberar nuestra ira y resentimiento y para recibir la liberación vitalizadora del estado de venganza y amargura

Dios desea que seamos perdonadores a fin de que lleguemos a estar saludables y fuertes en cuerpo, mente y espíritu. Sin una buena disposición para perdonar, no podemos estar saludables. El perdonar a otros no es fácil y no siempre podemos hacerlo rápidamente, pero es importante mantener la conexión vital de una saludable relación con Dios y con todas las personas con las que nos cruzamos en nuestro camino.

CUATRO HERRAMIENTAS PARA LOGRAR TENER UN CORAZÓN AMANTE Y PERDONADOR

Estos cuatro instrumentos pueden ayudar a obtener la cosecha de un corazón amante y perdonador.

Herramienta 1: Nombra al ofensor. Reconoce que aquello que el ofensor hizo, te lastima y que te estás esforzando por perdonar.

Herramienta 2: Ora por el ofensor. Al tratar de perdonar, asume lo mejor respecto al ofensor y recuerda tu propio pecado. Ora por el ofensor. Ora por ti mismo. Pide a un amigo que ore por ti. Pide a tu grupo pequeño que ore por ti.

Herramienta 3: Reclama el cumplimiento de promesas bíblicas. Parece imposible perdonar a tus enemigos, pero con Dios, todo es posible. Memoriza textos de la Biblia tales como los que se han mencionado anteriormente.

- “—Para los hombres es imposible. . . mas para Dios todo es posible” (Mateo 19:26, NVI)
- “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13, NVI).
- “Pero yo les digo: Amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen” —Mateo 5:44, NIV
 - “No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien” (Romanos 12:21, NVI).

Herramienta 4: Practica el perdón. Lee historias, tanto bíblicas como biográficas, de personas que han ofrecido perdones “imposibles”. Aun cuando no sientas la disposición de hacerlo, haz a un lado la ira y el dolor, el resentimiento y la amargura. Este proceso te traerá sanidad y entonces podrás reasumir relaciones saludables con los demás y con Dios.

Debemos perdonar a aquellos que nos lastiman porque Dios nos ha perdonado a nosotros muchas más cosas.

Himno final: *Himnario Adventista* # 249, Todas las Promesas

Oración final

—FIN—